

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: C

Estante: 001

Número: 094 (19)

R. 35.797

10 Diciembre 1892

19

BOLETÍN

DE LA

CÁMARA OFICIAL DE COMERCIO É INDUSTRIA

DE GRANADA.

NÚMERO EXTRAORDINARIO, PUBLICADO EN CONMEMORACIÓN DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

OCTUBRE DE 1892.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
— GRANADA —

Sala: C

Estante: 48

Número: 109(3-22)

SALUDO Á AMÉRICA.

La Cámara de Comercio é Industria de Granada, saluda con efusión en esta fecha memorable del 12 de Octubre de 1892, á las Cámaras españolas de la tierra Colombina, abarcando en este concepto desde los mares Canadiences á la tierra de Fuego; saluda también á sus antiguos compatriotas, establecidos en tan dilatada región; á los que si abandonaron, en amargo día para ellos, á la madre patria, no por eso dejan de acordarse de ella y de enaltecerla con su honrado trabajo, con su inteligencia siempre activa, con su hidalguía jamás empañada. Á este saludo cordialísimo, dirigido á las nobles colonias españolas, une otro más cordial aún, si pudiera haberlo, dirigido á los nobles hijos de la tierra colonizada por nuestros mayores, á todos aquellos por cuyas venas corre la sangre de los compañeros y continuadores de Colón, á los compatriotas de Bolívar y de Juárez, de Franklin y de Lincoln, pero dirigiéndonos más especialmente á los primeros para suplicarles una vez más, que, olvidando añejas contiendas, se unan á nosotros por los lazos del cariño, como lo están ya por los del origen y de las costumbres, y sobre todo por este habla de Cervantes, que es la más bella expresión del pensamiento. Hoy más que nunca necesitamos esta unión para rivalizar dignamente en el palenque humano con esa enérgica raza del Norte, que ocuparía definitivamente el primer puesto en la historia, si los pueblos que guardan las tradiciones de Grecia y Roma olvidaran su misión en la humanidad: el proceso social frente al proceso individual, la síntesis frente al análisis, la gran integral humana frente á la anarquía de los egoismos; la perfectibilidad indefinida frente al pesimismo moderno invocado como ley fatal en provecho de los fuertes.

Deseamos á cada uno salud, y á todos fraternidad; completo éxito á pueblos y naciones en sus nobles empresas, y como prenda inmediata y lábaro de perfección, que para siempre acaben las luchas entre los hijos de una misma madre, para que podamos exclamar todos unidos en tan solemne aniversario. ¡Viva la Unión Hispano Americana!

LA PATRIA ESPAÑOLA EN EL MUNDO.

¡Cuán solitaria la Nación que un día
Poblara inmensa gente!
La Nación cuyo imperio se extendía
Del Ocaso al Oriente!
(Espronceda. *A la Patria*. Elegía.)

No hace muchos años que, al inaugurar las tareas de un Centro de instrucción popular en esta culta ciudad de Granada, abierta hoy noble y generosamente á todas las manifestaciones é iniciativas del saber contemporáneo, señalábamos como necesidad imperiosa de nuestra actual cultura española, la de fomentar y propagar una ciencia, cuyo superior y general conocimiento ha sido siempre considerado como de evidente interés en todas las naciones civilizadas, pero de mayor interés é importancia en aquellos nobles y grandes pueblos históricos, que han desempeñado, y están llamados aún á desempeñar, por su historia y su posición en el mundo, una alta misión cosmopolítica, una obligada, santa y legítima influencia en la vida ulterior y en la marcha progresiva de las naciones.

Del ardiente entusiasmo con que esta Ciencia, que no es otra sino la que estudia los fenómenos y la vida entera de esta nuestra Patria telúrica, de esta hermosa y sagrada TIERRA en que estamos llamados á cumplir irremediable destino, del fervoroso ahinco, decimos, con que se fomenta este saber nobilísimo por innúmeras doctas Sociedades é Institutos establecidos con tal elevado fin en

122452758

ambos continentes, se ha originado esta admirable, portentosa Odiséa, que está realizándose ante nuestros ojos en el vastísimo *Continente negro*, en los archipiélagos oceánicos, y en las selvas aún ignotas é inexploradas del Nuevo Mundo: con lo cual se ha logrado traer al gran laboratorio de la Ciencia el estudio de innumerables razas desconocidas, y de sus lenguas, costumbres é instituciones.

Nos lamentábamos, pues, en aquella soledad, —y á la sazón por cierto de un inevitable ínfcuo despojo, que había venido á herirnos profundamente en el alto sentimiento de nuestro decoro nacional —de la triste dolorosa decadencia en que habían caído los estudios geográficos en nuestro pueblo, en una nación como la española donde tan gloriosamente habían enriquecido y servido á esta ciencia interesantísima, en su gran siglo de oro, nuestros célebres navegantes é invictos guerreros, la ardiente caridad de nuestros misioneros heroicos, la sabiduría y audaces exploraciones de nuestros naturalistas y cosmógrafos de universal fama y nombradía!

“Es preciso, decíamos entonces, que españoles y portugueses, si queremos recobrar en lo porvenir nuestra perdida grandezza, si queremos que nuestras doce naciones hermanas, —enclavadas en esta hermosa punta de Europa para formar, como lo fueron en días venturosos, una sola gran nación libre, poderosa, feliz y respetada, —renuden el hilo de su grandiosa historia, que comencemos por hacer saber á nuestros hijos que españoles y portugueses fueron los grandes exploradores de la Tierra; que aprendan con los ojos fulgurando entusiasmo y respirando ardiente fuego patrio, que de estas playas sonrientes bético-lusitanas y de las esarpadas costas de la Cantabria salieron los pajeles de Colón y de los Pinzones, de Vasco de Gama y Alburquerque, de Cortés y de Pizarro, de Magallanes y Elcano, de Almagro y Núñez de Balboa, de aquella formidable raza de titanes que osaron con épico heroísmo atravesar por primera vez las inmensas llanuras oceánicas, ensanchando con sus grandiosos descubrimientos la acción noble y civilizadora de las razas privilegiadas del Mundo.”

Es preciso, repetimos hoy, que mantengan el inmenso rubor que debe causarles haber perdido aquel vasto Imperio de nuestra gran Patria ibérica, tan grande y poderoso como no le llegó á poder ser ninguno del mundo, ni aun enteramente descubiertos en la Historia; que le

er el itinerario de nuestros celeberrimos navegantes é ilustres conquistadores, y que aprendan con qué dulce amor y con qué sentimiento tierno de la Patria, y llevándola perpetuamente en el pensamiento y en el corazón, aquellos valientes hijos de la raza española repitieron por toda la haz de la tierra los nombres sagrados del patrio suelo en el mundo. Así verán con admiración y júbilo cómo el santoral romano y el diccionario español y portugués se agotaron, según ha dicho un ilustre escritor de nuestra época, á bautizar ríos, lagos, bahías, cabos, islas, montes, estrechos y tierras en todas las latitudes del planeta, doblándose, sobre todo de modo maravilloso á la otra ribera del Atlántico, la geografía política de nuestra Península después de la perínclita hazaña del ilustre Marino genovés, y de su valerosa tripulación española, conmemorados en estos momentos por el mundo entero civilizado. Así aprenden en cuál surgieron como por encanto en el vasto continente americano una Nueva España y una Nueva Vizcaya y un nuevo Reino de León y una Nueva Granada y una Nueva Córdoba y una Nueva Extremadura, y con qué santo entusiasmo se fundaron nuevas ciudades de Jaén, de Barcelona, de Ciudadreal, de Mérida, de León, de Logroño, de Zaragoza, de Guadalajara, de Cartagena, de Santiago, de Valladolid, de Compostela, de Medellín, de Salamanca, y el número inenarrable de pueblos cuyos nombres quedaron, en perpetuidad, en aquel vastísimo continente del Nuevo Mundo como recuerdo vivo, porque él es inmortal de nuestra raza gloriosísima española.

En los ricos alcázares de nuestra sin par cámara hay un libro, desde cerca de un siglo, abierto para que los viajeros que visitan esta mansión encantadora de los ensueños y de la poesía, escriban en él sus impresiones y sus dulces recuerdos. Buscad en él una cierta página conmovedora, y aprenderéis el nombre de la otra parte del Oceano, en las encantadoras regiones de Sud-América, un país bellísimo, el titulado estado de Colombia, llevó un día el propio nombre que lleva nuestra hermosa Damasco de Occidente, y la capital bella y sonriente de aquella República americana el de la ciudad que los Católicos Monarcas levantaron á impulsos de su Fe en el real famoso donde se hallaron acampadas las huestes valerosas é intactas de Aragón y de Castilla.

¡Con cuánta razón, —dejó escrito en nues-

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

tro Album de la Alhambra un ilustrado hijo de aquella en otro tiempo tierra de la América española,—¡con cuánta razón apellidó *Santa Fe* á mi patria el egregio fundador de ella, dándole los nombres propios de la suya! Desde el *Tocador de la Reina* se ve á *Santa Fe*: en el mismo lugar, y á la misma distancia, que el *pueblo de Fontibón* se ve desde Bogotá. La ciudad queda al pie de dos collados como esta vuestra Granada al pie de los suyos. Crúzanla dos ríos que se unen, al salir de la ciudad, como el Darro y el Genil en vuestra gentil Granada. Á la derecha se ve la *Serresuela de Suba*, como aquí la *Sierra Elvira*; y tiene á la izquierda *las colinas de Loacha*, semejantes á vuestro poético *Suspiro del Moro*. Pero *Santa Fe de Bogotá*, ay! no tiene una *Alhambra*; así como esta Granada hermosa no tiene un *Salto de Tequendama*. ¡Al verte, pues, oh Granada, cómo no he de recordar á mi carísima patria de igual nombre en América!,

¿Podremos dudar que llevaría también la suya en el alma el ínclito Gonzalo Ximénez de Quesada, fundador de la hermosa Granada del Nuevo Mundo?... En estos dulces recuerdos debemos fortalecernos; en estos altos pensamientos debemos hacer que se pongan el cerebro y el corazón de nuestros hijos.

Ahora bien, esta grandiosa conmemoración del prodigioso descubrimiento de las Indias debe ante todo aprovecharse, en nuestro sentir, en despertar vivamente el grato recuerdo de nuestras antiguas glorias, para estimular eficazmente nuestro patriotismo hacia los grandes ideales de nuestra Historia nacional; y ¡ojalá que, poniendo los hijos todos de la adorable España la mente fija en el cumplimiento de los severos deberes, que nos impone á todos este preciado honor de la Patria, podamos verla pronto regenerada y enaltecida, luciendo en sus espléndidos horizontes el puro, radiante sol de la libertad y de la justicia!

A. González Garbín.

FECHA INMORTAL.

Era el doce de Octubre de mil cuatrocientos noventa y dos; alboreaba el día, y los primeros rayos de la aurora iluminaban un espectáculo que, en los narrados por la Historia, ni tuvo ni tendrá semejante.

Colón exclamaba ¡tierra! ¡tierra! y *Guana-haní* surgía del Atlántico, para coronar la empresa realizada por el genio.

Ante aquel grito, el inmenso Océano había perdido su secreto, el Viejo Continente su aislamiento, y los sabios de la época sus errores cosmográficos.

Palos, el oscuro puerto, casi ignorado, se elevaba entonces á mayores alturas que la culta Salamanca; y San Salvador, la isla desconocida, se convertía en la tierra por excelencia de un Nuevo-Mundo.

Colón desembarca en ella; sobre su suelo cae de rodillas; lágrimas ardientes brotan de sus ojos y la riega; eleva su alma á Dios, y Guanahaní es el primer templo desde el cual, el espíritu del gran marino genovés envía gracias por su descubrimiento al Todopoderoso.

El insigne cosmógrafo, el eximio Almirante, el héroe, no es ya el hombre de sueños quiméricos, el visionario, el loco, el mendigo audaz, que lleva promesas ilusorias de grandes conquistas á los monarcas de Europa; sino el genio inmortal, que se ha levantado contra todos, porque la verdad estaba con él.

¡Fué un día supremo! En sus resplandores, brillarán para siempre los nombres de Isabel la Católica, de Beatriz de Bobadilla, de Marchena, de Fernández, de Mendoza, de Deza, de Quintanilla y de Santángel, partícipes de la gloria de Colón, que creyeron en él y le favorecieron.

¡Fué un día supremo! En su pura luz, arden con viva llama los nombres de los Pinzones, los cuales adquieren imperecedera fama en aquel viaje sin igual, que integra la unidad geográfica del planeta, y destruye las necias afirmaciones de un saber presuntuoso y terco, tan falto de base científica como sobrado de ignorancia.

¡Fué un día supremo! Él termina y finaliza el ciclo correspondiente á la Edad Media, y abre los dilatadísimos horizontes de la Edad Moderna, que, con sus progresos, rinde á la naturaleza, convirtiéndola en esclava sumisa, y enaltecendo el derecho y la justicia, prepara una nueva época, fecunda en bienes morales y materiales.

¡Es una fecha inmortal! Desde que fué, entre el Nuevo y el Viejo continente, y por las quillas de la *Santa María*, de la *Pinta* y de la *Niña*, se abrió un camino, que surcarán eternamente las naves de todas las naciones de la Tierra, estableciendo un cambio de productos, necesario al comercio y á la industria, que se acrecientan, que se multiplican, que se agigantan desde aquel día memorable, hasta convertir el mundo en un mercado universal.

La ruta seguida por la nao de Colón ilumi-

ambos continentes, se ha originado esa admirable, portentosa Odiséa, que está realizándose ante nuestros ojos en el vastísimo *Continente negro*, en los archipiélagos oceánicos, y en las selvas aún ignotas é inexploradas del Nuevo Mundo: con lo cual se ha logrado traer al gran laboratorio de la Ciencia el estudio de innumerables razas desconocidas, y de sus lenguas, costumbres é instituciones.

Nos lamentábamos, pues, en aquella solemnidad,—y á la sazón por cierto de un inolvidable ínfcuo despojo, que había venido á herirnos profundamente en el alto sentimiento de nuestro decoro nacional,—de la triste dolorosa decadencia en que habían caído los estudios geográficos en nuestro pueblo; ¡en una nación como la española donde tan gloriosamente habían enriquecido y servido á esta ciencia interesantísima, en su gran siglo de oro, nuestros célebres navegantes é invictos guerreros, la ardiente caridad de nuestros misioneros heroicos, y la sabiduría y audaces exploraciones de nuestros naturalistas y cosmógrafos de universal fama y nombradía!

“Es preciso, decíamos entonces, que españoles y portugueses, si queremos recobrar en lo porvenir nuestra perdida grandeza, si queremos que nuestras dos naciones hermanas,—enclavadas en esta hermosa punta de Europa para formar, como lo fueron en días venturosos, una sola gran Nación libre, poderosa, feliz y respetada,—reanuden el hilo de su grandiosa historia, que comencemos por hacer saber á nuestros hijos que españoles y portugueses fueron los grandes exploradores de la Tierra; que aprendan, con los ojos fulgurando entusiasmo y respirando ardiente fuego patrio, que de estas playas sonrientes bético-lusitanas y de las escarpadas costas de la Cantabria salieron los bajeles de Colón y de los Pinzones, de Vasco de Gama y Alburquerque, de Cortés y de Pizarro, de Magallanes y Elcano, de Almagro y Núñez de Balboa, de aquella formidable raza de titanes que osaron con épico heroismo atravesar por primera vez las inmensas llanuras oceánicas, ensanchando con sus grandiosos descubrimientos la acción noble y civilizadora de las razas privilegiadas del Mundo.”

Es preciso, repetimos hoy, que sientan el inmenso rubor que debe causarnos haber perdido aquel vasto Imperio colonial de nuestra gran Patria ibérica, tan vasto, rico y poderoso como no le llegó á poseer pueblo ninguno del mundo, ni aun entre los más celebrados en la Historia; que les hagamos reco-

rrer el itinerario de nuestros celeberrimos navegantes é ilustres conquistadores, y que aprendan con qué dulce amor y con qué sentimiento tierno de la Patria, y llevándola perpétuamente en el pensamiento y en el corazón, aquellos valientes hijos de la raza española repitieron por toda la haz de la tierra los nombres sagrados del patrio suelo en el número sin cuento de ciudades que fundaron en el mundo. Así verán con admiración y júbilo cómo el santoral romano y el diccionario español y portugués se agotaron, según ha dicho un ilustre escritor de nuestra época, en bautizar ríos, lagos, bahías, cabos, islas, montes, estrechos y tierras en todas las latitudes del planeta, doblándose, sobre todo de modo maravilloso á la otra ribera del Atlántico, la geografía política de nuestra Península, después de la perínclita hazaña del ilustre Marino genovés, y de su valerosa tripulación española, conmemorados en estos momentos por el mundo entero civilizado. Así aprenderán cuál surgieron como por encanto en el vasto continente americano una Nueva España y una Nueva Vizcaya y un nuevo Reino de León y una Nueva Granada y una Nueva Córdoba y una Nueva Extremadura, y con qué santo entusiasmo se fundaron nuevas ciudades de Jaén, de Barcelona, de Ciudad-Real, de Mérida, de León, de Logroño, de Zaragoza, de Guadalajara, de Cartagena, de Santiago, de Valladolid, de Compostela, de Medellín, de Salamanca, y el número inenarrable de pueblos cuyos nombres quedaron, á perpetuidad, en aquel vastísimo continente del Nuevo Mundo como recuerdo vivo, perenne é inmortal de nuestra raza gloriosísima española.

En los ricos alcázares de nuestra sin par Alhambra hay un libro, desde cerca de un siglo, abierto para que los viajeros que visitan esta mansión encantadora de los ensueños y de la poesía, escriban en él sus impresiones y sus dulces recuerdos. Buscad en él cierta página conmovedora, y aprenderéis el por qué á la otra parte del Oceano, en las encantadoras regiones de Sud-América, un país bellissimo, el titulado estado de Colombia, llevó un día el propio nombre que esta nuestra hermosa Damasco de Occidente, y la capital bella y sonriente de aquella República americana el de la ciudad que los Católicos Monarcas levantaron á impulsos de su Fe en el real famoso donde se hallaron acampadas las huestes valerosas é invictas de Aragón y de Castilla.

“¡Con cuánta razón,—dejó escrito en nues-

tro Album de la Alhambra un ilustrado hijo de aquella en otro tiempo tierra de la América española,—¡con cuánta razón apellidó *Santa Fe* á mi patria el egregio fundador de ella, dándole los nombres propios de la suya! Desde el *Tocador de la Reina* se ve á *Santa Fe*: en el mismo lugar, y á la misma distancia, que el *pueblo de Fontibón* se ve desde Bogotá. La ciudad queda al pie de dos collados como esta vuestra Granada al pie de los suyos. Crúzanla dos ríos que se unen, al salir de la ciudad, como el Darro y el Genil en vuestra gentil Granada. Á la derecha se ve la *Serresuela de Suba*, como aquí la *Sierra Elvira*; y tiene á la izquierda *las colinas de Loacha*, semejantes á vuestro poético *Suspiro del Moro*. Pero *Santa Fe de Bogotá*, ay! no tiene una *Alhambra*; así como esta Granada hermosa no tiene un *Salto de Tequendama*. ¡Al verte, pues, oh Granada, cómo no he de recordar á mi carísima patria de igual nombre en América!,

¿Podremos dudar que llevaría también la suya en el alma el ínclito Gonzalo Ximénez de Quesada, fundador de la hermosa Granada del Nuevo Mundo?... En estos dulces recuerdos debemos fortalecernos; en estos altos pensamientos debemos hacer que se pongan el cerebro y el corazón de nuestros hijos.

Ahora bien, esta grandiosa conmemoración del prodigioso descubrimiento de las Indias debe ante todo aprovecharse, en nuestro sentir, en despertar vivamente el grato recuerdo de nuestras antiguas glorias, para estimular eficazmente nuestro patriotismo hacia los grandes ideales de nuestra Historia nacional; y ¡ojalá que, poniendo los hijos todos de la adorable España la mente fija en el cumplimiento de los severos deberes, que nos impone á todos este preciado honor de la Patria, podamos verla pronto regenerada y enaltecida, luciendo en sus espléndidos horizontes el puro, radiante sol de la libertad y de la justicia!

A. González Garbín.

FECHA INMORTAL.

Era el doce de Octubre de mil cuatrocientos noventa y dos; alboreaba el día, y los primeros rayos de la aurora iluminaban un espectáculo que, en los narrados por la Historia, ni tuvo ni tendrá semejante.

Colón exclamaba ¡tierra! ¡tierra! y *Guana-haní* surgía del Atlántico, para coronar la empresa realizada por el genio.

Ante aquel grito, el inmenso Océano había perdido su secreto, el Viejo Continente su aislamiento, y los sabios de la época sus errores cosmográficos.

Palos, el oscuro puerto, casi ignorado, se elevaba entonces á mayores alturas que la culta Salamanca; y San Salvador, la isla desconocida, se convertía en la tierra por excelencia de un Nuevo-Mundo.

Colón desembarca en ella; sobre su suelo cae de rodillas; lágrimas ardientes brotan de sus ojos y la riega; eleva su alma á Dios, y Guanahaní es el primer templo desde el cual, el espíritu del gran marino genovés envía gracias por su descubrimiento al Todopoderoso.

El insigne cosmógrafo, el eximio Almirante, el héroe, no es ya el hombre de sueños quiméricos, el visionario, el loco, el mendigo audaz, que lleva promesas ilusorias de grandes conquistas á los monarcas de Europa; sino el genio inmortal, que se ha levantado contra todos, porque la verdad estaba con él.

¡Fué un día supremo! En sus resplandores, brillarán para siempre los nombres de Isabel la Católica, de Beatriz de Bobadilla, de Marchena, de Fernández, de Mendoza, de Deza, de Quintanilla y de Santángel, partícipes de la gloria de Colón, que creyeron en él y le favorecieron.

¡Fué un día supremo! En su pura luz, arden con viva llama los nombres de los Pinzones, los cuales adquieren imperecedera fama en aquel viaje sin igual, que integra la unidad geográfica del planeta, y destruye las necias afirmaciones de un saber presuntuoso y terco, tan falto de base científica como sobrado de ignorancia.

¡Fué un día supremo! Él termina y finaliza el ciclo correspondiente á la Edad Media, y abre los dilatadísimos horizontes de la Edad Moderna, que, con sus progresos, rinde á la naturaleza, convirtiéndola en esclava sumisa, y enaltecendo el derecho y la justicia, prepara una nueva época, fecunda en bienes morales y materiales.

¡Es una fecha inmortal! Desde que fué, entre el Nuevo y el Viejo continente, y por las quillas de la *Santa María*, de la *Pinta* y de la *Niña*, se abrió un camino, que surcarán eternamente las naves de todas las naciones de la Tierra, estableciendo un cambio de productos, necesario al comercio y á la industria, que se acrecientan, que se multiplican, que se agigantan desde aquel día memorable, hasta convertir el mundo en un mercado universal.

La ruta seguida por la nao de Colón ilumi-

na al Atlántico, el mar de los terrores, el de los inciertos confines, el que por sus límites debía tocar al cielo; y el Atlántico, desvanecido el arcano, es el mar que lleva sus espumosas olas, sus tempestades, sus borrascas, de Europa á América, ó de América á Europa en movimiento constante, siendo Mediterráneo inmenso entre continentes lejanos.

¿Quién, antes de Colón pudiera averiguarlo?

La ignorada Guanahaní recibía las mugientes oleadas del Atlántico desde muchos centenares de siglos; él la había visto levantarse de su profundo seno, allá en época remotísima; él la refrescaba con sus frescas brisas, y le prestaba vegetación exuberante, y millares de veces le había traído de la humilde bahía de Palos de Moguer la onda que partiera de sus orillas, que allá quedaban en España, aguardando el tres de Agosto de mil cuatrocientos noventa y dos, día de zozobras, de incertidumbres, de angustias para sus habitantes, que vieron partir al extranjero de ardiente fantasía, con ciento veinte hombres, llevados por tres barquichuelos, que zarpaban con rumbo á lo desconocido.

En aquel momento único, el Atlántico sintió el peso de los débiles esquifes, que más tarde vió arribar á las costas de las Lucayas, con aquellos hombres inmortales, guiados por el genio. Se admiró de la obra, y de cómo se habían atrevido á cruzarle con tan frágiles buques, bendiciendo al navegante que había adivinado la convexidad de su superficie y el secreto de la esfereidad terrestre.

El Atlántico se prosternó ante Colón, y enalteció su grandeza. Colón era un gigante digno de cruzarle por primera vez, con deliberada intención y con voluntad manifiesta.

¿Quiénes podrían desvirtuar el hecho maravilloso?

Las amarguras sufridas, las luchas de tantos años, los denuestos, las injurias, los desprecios de la sabiduría oficial, testimonios son de que él solo poseía la verdad y el valor suficiente para no decaer ante tales infortunios y terribles contrariedades.

Sonó, es cierto, con ir al Asia ¿pero quién duda de su genio al contemplarle sobre el puente de la *Santa María* navegando en pleno Océano? ¿Quién al verlo orar en Guanahaní? ¿Quién, al regresar á España?

La pérfida onda no fué con él traidora, y lo fueron los hombres.

Ciegos de envidia por los esplendores de su genio, le aborrecieron, le martirizaron, y llevó cadenas como si fuera un criminal; y

aun ahora, se disputan algunos quilates de gloria á su corona, cuando ningún genio está más alto en el templo donde habitan los inmortales.

Basta una fecha imperecedera, eterna, para glorificarle: EL DOCE DE OCTUBRE DE MIL CUATRO CIENTOS NOVENTA Y DOS.

Y si más fuere necesario, Palos de Moguer, el Atlántico y Guanahaní, certificarán de la grandeza de Colón, como testigos de su viaje.

Y vivirá para siempre en la memoria de todos el insigne navegante, que figura á la cabeza de los descubridores, llevando por cetro el timón de la *Santa María*, por trono el continente americano, y por espada sus virtudes, poseídas en grado heróico.

Nadie como él entre los hombres, y ninguna fecha en la Historia como la fecha inmortal que rasga el velo con el cual se cubría un mundo.

Cantemos alabanzas al *doce de Octubre de mil cuatrocientos noventa y dos*, porque en ese día resplandeció la verdad.

Antonio Sánchez Balbi.

¡COLÓN!

(EN EL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA).

Obscurecido soldado,
Intrépido aventurero,
Vagó por el mundo entero,
Harto estrecho á su cuidado.
Ni envidioso ni envidiado,
Cruza entre la turba necia,
Y su demanda desprecia
Su propio país natal,
La altivez de Portugal,
Y el orgullo de Venecia.

Mas á su pecho, en que late
Un corazón noble y fuerte,
Ni le acobarda la suerte,
Ni la desgracia le abate.

Contra el destino combate
Y á España vuelve la vista,
Que el cielo le otorga, asista,
Para infundirle más gloria,
De la Cruz á la victoria,
De Granada á la conquista.

Y aumenta su padecer,
Pues halla burlas que oír,
Y juicios que combatir,
Y obstáculos que vencer.
Su calvario al recorrer,
Encuentra la suerte dura,
Que en vez de dicha y ventura,
Le prodiga sus rigores,
Y da á su cuerpo dolores,
Y á su espíritu amargura.

Pero alienta su esperanza
Y reanima su valor,
Un intenso resplandor
Que ante sus ojos alcanza.
Es una estrella que lanza
Rayos de luz á la historia,
Y refleja la victoria,
Con destellos singulares,
En las ondas de los mares,
Y en los campos de la gloria.

Estrella de bendición
Para el cuitado marino,
Que abre anchuroso camino
Al logro de su ambición.
Su abatido corazón
Rompe su cárcel crúel,
Cuando ve su pecho fiel,
Cuán pura y fulgente brilla
La corona de Castilla
En las sienas de Isabel.

Ella comprende su intento,
Ella le presta su amparo,
Y es ella el brillante faro
Que alumbra su pensamiento.
Ella reanima su aliento,
Y le concede su ayuda,
Y del temor y la duda
Y de la envidia bastarda,
Con su sombra le resguarda
Y con su nombre le escuda.

Y allá van sus carabelas
Con los valientes Pinzones,
Al viento sus pabellones
Y desplegadas sus velas.
Las espumosas estelas
Que en su derrota levantan,
Las olas que se agigantan,
Y las ondas que se agitan,
Á los audaces irritan
Y á los tímidos espantan.

Y allá van... del Oceano
Domando el furor creciente,
Con la fuerza prepotente
Del aliento soberano.
Parece el esfuerzo vano,
Y vano tanto ardimiento,
Pues el líquido elemento
Se encrespa y ruje y flamea,
Y el rayo relampaguea
Y ronco rebrama el viento.

Colón, despierto, anhelante,
Lucha con el alma entera,
Y si su pecho se altera,
No se altera su semblante.
En aquel supremo instante,
Sobre cubierta se lanza,
Y al ver que el peligro avanza,
En demanda de consuelo
Alza los ojos al cielo
Y en Dios pone su esperanza.

Y el cielo atento á su cuita,
Compasivo á su quebranto,
De las tinieblas el manto
Rasga con fuerza inaudita.
De la bondad infinita
Derrama los altos dones,
Y vuelven las ilusiones
Como retornan las calmas,
Á renacer en las almas,
Á inflamar los corazones.

Y ya el peligro olvidado,
Y alta y serena la frente,
Mira Colón el presente
Á través de lo pasado.
Si un poder le fuera dado
Tan grande como su afán,
Sobre las olas que van
Meciendo su barco, él solo
Cruzara de polo á polo
En alas del huracán.

De su ardiente fantasía
Haciendo gala y derroche,
Insomne pasa la noche,
Insomne le encuentra el día.
Nada rinde su porfía,
Y siempre fijo en su idea,
Ya sus cálculos emplea,
Ya su realidad acrece,
Ya su gloria le envanece,
Ya su ilusión le recrea.

Su espíritu sobrehumano,
Que halla en los mares su imperio.
Va á descubrir un misterio
Y á descifrar un arcano.
Su inteligencia y su mano,
Lo que manda y obedece,
Penetran cuanto obscurece
Aquel hondo mar, que espanta,
Que bramando se levanta
Y rugiendo se adormece.

Y á ver principia señales
Que toma por evidencias,
Ya son aromas, ya esencias,
Ya son brisas florestales:
Ya efluvios primaverales
De aquella región ignota,
Que cercana ó que remota,
Aun permanece velada!...
Ya ve una yerba que nada!...
Ya ve un madero que flota!...

Ya ardiendo como un volcán
Su mente, ver imagina
La Tartaria peregrina,
Y las tierras del Gran Kan;
Que entrevé con tanto afán
Y tan solícito anhelo,
Y que busca en su desvelo,
Y en su fe nunca rehacio,
Como el águila, el espacio,
Y como el ángel, el cielo.

Y ve.... ¡que una luz oscila
Y de dicha su alma inunda!
Después... ¡la sombra profunda!
Y tiembla, y duda, y vacila!
¡Qué noche tan intranquila!
¡Qué latidos tan alternos!
¡Qué sentimientos tan tiernos!
¡Qué lucha tan porfiada!
¡Qué aurora tan deseada!
¡Qué minutos tan eternos!

Al fin...: cual trompa de guerra,
Un cañonazo retumba,
Y el eco en los aires zumba,
Al grito de ¡tierra, tierra!
¡Qué sublimidad encierra
Este memorable acento,
Que domina el mar y el viento
Y flota en las tempestades,
Y á través de las edades
Aun vibra en el firmamento!

Más tarde... cuando la aurora
Asoma por el Oriente,
Se halla Colón frente á frente
De una Isla encantadora!

La ve, la mira, la explora,
Oye su vital concierto,
Y aun viéndola, no está cierto
Si su afán está cumplido,
Si vela, ó está dormido,
Si sueña, ó está despierto.

Mas no es visión ilusoria,
Es la realidad tangible,
Es el fantasma visible
De su vida y de su gloria.

Es prenda de su victoria,
Es triunfo de su valor.
Y allí, con cristiano ardor,
Del nuevo mundo en la orilla,
Clava el pendón de Castilla
Y la Cruz del Redentor.

¡Grandeza tan alta, abruma;
Y á cantar su egregia pompa,
No bastan, épica trompa,
Buril, ni pincel, ni pluma!
Porque es inmortal, en suma,
Aquel nauta sin segundo,
Que rompe el seno profundo
Del mar, antro de vestiglos,
¡Para asombro de los siglos!,
¡Para admiración del mundo!

Aureliano Ruiz.

CREADOR Y CONQUISTADOR.

Quando oigo decir que Colón descubrió un nuevo mundo, protesto siempre de esa frase que juzgo impropia, ó cuando menos, poco expresiva. No, no es Colón un mero descubridor.

Stanley yendo á las regiones inhospitales del centro de África y descubriendo allí, á costa de penalidades sin cuento, datos preciosos que allegar á la Geografía, á la Etnología, á las ciencias naturales y á la Historia, es un explorador cuyos títulos á la consideración y á los respetos humanos no son otros —y sobran para destacarlo brillantemente sobre el nivel ordinario de los hombres— que su espíritu de observación, su constancia y su arrojo.

Newton, alzándose rápidamente desde el hecho de caer una fruta de un árbol hasta la ley de gravitación que mantiene los orbes en equilibrio, es también investigador como Stanley; pero lo sobrepuja mucho. El uno descubre hechos; el otro, principios. Hay de Newton á Stanley la misma diferencia que hay entre el hecho, que es perecedero, y la ley, que es eterna.

Pero se concibe y se da en la realidad una labor más excelsa todavía. Leverrier, desde la cumbre del conocimiento científico relativo á la existencia y al movimiento de los astros, calculó y marcó la presencia de un planeta, que no habían podido observar sus ojos, y que fué descubierto efectivamente tal como él lo había visto á la luz de los principios con la genial mirada de su inteligencia. Leverrier no fué propiamente un descubridor. Fué un creador, y se acercó por esto más que Stanley y más que Newton á la semejanza con la naturaleza divina.

Colón hizo más. Como Leverrier marcó la existencia de un planeta más allá de los espacios explorados, él marcó la existencia de un mundo más allá de los mares conocidos. Pero unió á la intuición creadora de su genio, que constituyó la fe de toda su vida, la fortaleza increíble con que primero soportó el desdén de los poderosos de la tierra, y con que después dominó las olas del mar, y las más encrespadas de la insensata rebelión que rugía sobre aquellas frágiles tablas en que milagrosamente salvaba los abismos del Océano.

Colón es á la vez un Leverrier y un Stanley; el entendimiento superior que adivina, y el explorador infatigable que lucha con todas las inclemencias. Colón es á la vez el creador y el conquistador de un nuevo mundo.

Antonio López Muñoz.

COLÓN Y EL ROMANCERO.

El nombre de Cristóbal Colón ha vivido, como no podía menos, en la memoria de las gentes; pero no siempre rodeado de la aureola de respeto y de simpatía á que le dan derecho sus gloriosas empresas: interesó profundamente el hecho de la conquista, y más aun, la explotación y gobierno de los nuevos territorios adquiridos por la corona; y una vez lanzado el país en el vértigo de perseguir destinos y riquezas, dejó de preocuparse del autor de tantos y tan incalculables beneficios. No es caso raro en la humanidad el de recibir el bien y desdeñar á quien lo hace; y como ejemplo del silencio ú olvido de la persona de Colón, quisiera exponer algunas observaciones breves, fundadas en el estudio de nuestra literatura popular castellana; asunto que no he visto, ni entiendo que se haya tratado hasta ahora; aunque de todas maneras se justifica, por el deseo de ilustrar cuanto se relacione con la personalidad del héroe.

La musa del pueblo, la expresión genuina de sus ideales, se encuentra representada en nuestro *Romancero general*; donde la religión, la historia, la fábula, la leyenda y las relaciones de pura fantasía, constituyen el arsenal copioso de sus pequeños é interesantísimos poemas. No hay campeón de nuestras crónicas españolas, ó de la historia antigua, ni personajes imaginarios, ni creaciones tomadas de la leyenda, que, si alcanzaron las simpatías del vulgo, deje de figurar entre los versos del Romancero. Cerca de doscientas composiciones comprende el ciclo destinado al Cid Campeador; las cuales, dicho sea de paso, honran ciertamente la literatura patria. Grandes y pequeños, antiguos y modernos, seres reales ó mitológicos, para todos hay lugar conveniente en ese libro poético de nuestras glorias. Falta, sin embargo, Cristóbal Colón, que no ha merecido puesto; de donde claramente se deduce, que el desdén de la musa popular no ha podido significarse por modo más elocuente. El propio olvido, sin otra excepción que la de Hernán Cortés, que tiene cuatro romances en su elogio, alcanza y se hace extensivo á los Pinzones, á los Pizarros, y, en suma, á todos los marinos ilustres que en el siglo XVI engrandecieron la empresa de Colón, descubriendo nuevos é inmensos territorios para España.

No puede menos de despertar la curiosidad este absoluto silencio, inclinándose el ánimo naturalmente á investigar las causas que lo mo-

tivaron: aunque por mi parte, considero desde luego inútil atribuir la deficiencia á razones que no se funden en el olvido de aquellos hechos gloriosos; porque el único argumento que se me ocurre en contra, es la preferencia que indudablemente concede la poesía popular á cuanto se preste á lo fabuloso y lo fantástico, condiciones de todo punto extrañas á los conquistadores de América. Pero nos salen al paso los cuatro romances de Hernán Cortés, conquistador de México, y aparte de éstos, otros muchos tomados de relaciones en prosa, donde el poeta se limita á ponerlas en versos asonantados de ocho sílabas. Citaré como ejemplo la Toma del puerto llamado África en el reino de Túnez, realizada por Andrés Doria en tiempo de Carlos V, sobre la cual se escribió un romance que pasa de mil versos, y bastan para formar juicio, las palabras de la nota que pone al pie D. Agustín Durán; dice: "La acción de guerra que en este romance se describe con tanta exactitud como en los boletines oficiales, y acaso con más minuciosidad, fué más célebre que útil á España.," No cabe, por consiguiente, insistir en el elemento de lo fantástico ó de lo fabuloso: lo cierto es que no se acordaron de Colón.

En las esferas de la poesía erudita, separada por lo mismo de la influencia inmediata del vulgo, en la épica, en la dramática, en la lírica, manifestada ésta en formas ó sentido menos popular, no es absoluto el silencio y descuido de los poetas con relación al insigne navegante, si bien no pecan jamás por celo excesivo. Dejo á un lado dramáticos y líricos, para ocuparme ligeramente de las epopeyas; por convenir así á mi intento de confirmar con mayores datos las afirmaciones apuntadas anteriormente sobre el Romancero; debiendo recordar con semejante motivo, que el número de poemas épicos escritos en castellano no bajará de trescientos, alusivos á todo género de asuntos, entre los cuales, é incluyendo el que se considera más notable, la *Araucana* de Ercilla, apenas llegarán á veinte los que se han compuesto sobre conquistas y hazañas en las tierras descubiertas. Si tomamos ahora como punto de término el año de 1853, en el cual publicó Campoamor los diez cantos de su poema á Colón, resultará que pasan tres siglos y medio sin que se imprima acerca de él más que otro, que yo sepa; porque confieso que, en ese largo período de nuestra historia literaria, no conozco otra epopeya en loor del célebre marino, que la parte que le dedica Juan de Castellanos en sus *Elegías de Varones ilustres de*

Indias, publicadas en 1589, es decir, 83 años después de la muerte de Colón. No puedo menos de copiar un párrafo de Agustín de Zárate encargado de escribir la Censura que va al frente de la obra; porque Zárate era competente en la materia: había ejercido cargos difíciles en América, y tenía publicada desde 1555 una Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú; pero lo más curioso es que, á pesar de que las *Elegías* comprenden multitud de personajes, él se ocupa exclusivamente de Colón, haciendo una crítica, acertadísima en mi juicio, de los textos clásicos que influyeron en su ánimo para atravesar el Atlántico, después de lo cual, termina sus observaciones de la siguiente manera: "En cuya confianza se opuso (Colón) á tantas dificultades y peligros y costas, por alcanzar cosa tan nunca vista ni oída, antes comunemente contradicha. Pero las particularidades y sucesos tan varios y notables como para conseguir su pretensión pasaron, y las hazañas que hicieron, y las victorias que consiguieron, que parecen casi increíbles, estaban sepultadas en las tinieblas del olvido (hasta el poema de Castellanos), y defraudadas del loor y gloria que merecían los insígnis varones que las alcanzaron, sin que sus hijos y descendientes tuviesen della noticias, ni con sabellas se encendiesen sus ánimos á imitallas."

Bastan, me parece, las anteriores frases, para confirmar la idea del desdén con que miraba el pueblo á sus héroes y bienhechores: lo que importaba era el conocimiento de las Pragmáticas, Cédulas, Consultas, y demás contingente de reales acuerdos, creando destinos en América, y ordenando, á la manera de entonces, los tributos sobre los productos del suelo, y sobre la importación y exportación de las mercancías. No es mi ánimo, ni viene al caso, discutir aquellos organismos administrativos; pero fácilmente se comprende que las energías de los particulares se cifraban en obtener nombramientos, y las del poder real en llenar las arcas del erario. Arrastrada la corriente general de las ideas por estos, ó por parecidos derroteros, no podía favorecer á la noble figura de Cristóbal Colón, que se desvanecía como el humo en la memoria del mismo pueblo que, sin acordarse ya del descubrimiento, se vanagloriaba de que el sol no se ocultase nunca en los dominios españoles.

Juan F. Riaño.

LA LUZ DEL GENIO.

Cual rudo el vendaval rasga el nublado
Sobre él batiendo sus inmensas alas,
Y tenaz lo persigue, y sus girones
Trueca primero en tul, después en nada;
Tal implacable el Tiempo y presuroso,
Sin encontrar en su carrera valla,
Con polvo de los siglos va cubriendo
Las huellas que al pasar deja su planta;
Inmenso panteón en donde yacen
En desorden caótico mezcladas,
Todas aquellas que en el mundo fueron
Grandes naciones y pujantes razas.
Mas así como allá del infinito
En las regiones do los astros vagan,
Donde el Tiempo jamás llevó sus pasos,
Luce, eterna, del sol la viva llama,
También aquí el Creador, en nuestro suelo
Donde el ayer es sombra y el mañana,
Un astro puso que á los siglos dice:
"Es de la luz del sol mi luz hermana.
„Me llamo el Genio; mi fulgor es tanto,
„Que eterno brilla lo que ardiente baña,
„Y lejos de empañarlo audaz, el Tiempo
„Mi brillo trueca en fulgurosa llama."

Y ¡por Dios que es verdad! Ved esa Reina,
Figura augusta de la historia patria,
Á quien la luz del Genio que la alumbra
Á través de los siglos agiganta.

De la gran epopeya que en Asturias
El inclito Pelayo comenzara,
De la labor gigante de ocho siglos
Que igual no tuvo y que conserva avara
En su libro la Historia, para asombro
Del orbe entero y de la misma Fama,
Vedla ansiosa buscar el desenlace,
Cercando con sus huestes á Granada.
Á la gentil Damasco de Occidente,
Á quien sus perlas le prodiga el alba,
Á la que en prueba de eternal cariño
Su más dorada luz el sol regala,
Á aquella, en fin, que tiene por corona
Del Veleta la nieve inmaculada,
Y por alfombra la extendida vega
Que bordan cintas de luciente plata.

Resiste el moro el denodado empuje
De la falanje bélica cristiana,
Con el tenaz valor de quien no quiere
Dar el último adiós á la esperanza.
Mas ¡ay! en vano fué. Destino adverso
Influyó en el Islam. Escrito estaba
Que aquella en quien su amor puso el creyente,
Viviendo adormecido ante sus plantas,
Se viera en brazos de distinto dueño
Sin el mágico nombre de sultana.

Lo escrito se cumplió: Y á la epopeya
Que Pelayo en Asturias comenzara,
Isabel la Católica, tesoro
Que jamás se agotó de fe cristiana,
Añadió en caracteres imborrables
Con su conquista la postrer palabra,
Que escrita con la cruz enseña al mundo
En la más alta torre de la Alhambra.

Mas empresa tan grande, los alientos
De la Reina sin par no menoscaba,
Que vive el patrio amor unido en ella
Á la fe que traslada las montañas.
Por eso tiende al Genovés su mano;
Y á aquel empeño colosal que acaba,
La gigantesca empresa que principia
Colón audaz, ante la Historia enlaza.

Ruda la prueba es, pero sereno
Llevando el corazón, la fe en el alma
Y en Dios el pensamiento, el Oceano
Desconocido surca. Va en demanda
De un mundo presentido allá en su mente,
Que ha de surgir en las opuestas playas,
Y que surgió por fin; que aquí en la tierra
El valor y la fe todo lo alcanzan,
Y más al recibir aliento y vida
De la austera virtud de excelsa dama.

Desde entonces, el sol, en su carrera,
Que nunca tendrá fin, tierra de España
Alumbró sin cesar, su luz quebrando
De Castilla y León sobre las armas.

Ya todo terminó. Pasaron siglos
Tras siglos que se hundieron en la nada,
Llevándose con ellos el recuerdo
De imperios, de naciones y de razas.
Desparecieron leyes y costumbres;
Ni aun huellas de su paso nos dejaron:
Tan sólo, en medio de la obscura noche
Que tiende el Tiempo tras su ruda planta,
Dos nombres y una fecha, iluminados
Con luz que á la del sol venció en lo clara,
Flotaron sobre el caos tenebroso,
Como el soplo de Dios sobre las aguas.
Era la luz del Genio, que en las frentes
De Isabel y Colón vertió sus llamas
Condensando en un solo pensamiento
La aspiración grandiosa de dos almas:
El mundo material que el gran marino
Viera surgir en las opuestas playas,
Y el nuevo mundo que á la cruz trajera
La Católica Reina en su Granada.
Por eso aun á despecho de los siglos,
Tan vívido fulgor, claridad tanta
Irradian esos astros luminosos
Que el cielo alumbran de las glorias patrias.
Absortas las edades los contemplan;
La Humanidad los mira deslumbrada,
Pues tanto es su fulgor y tan intenso,
Es tan viva la luz que ellos derraman,
Que si presa de horrible cataclismo
Al antro obscuro descendiera España,
Para alumbrarla á ella y á cien mundos,
Aun tuvieran los dos lumbrera sobrada.

Antonio Calvo.

Á COLÓN.

Alla ván las carabelas
Hendiendo el mar animosas,
Sueltas al viento las velas
Y dejando presurosas
En su marcha, albas estelas.

Sin derrotero marcado
Sus quillas cortan la espuma
En un mar jamás surcado,
Que oculta la densa bruma
Cual cendal de lo ignorado.

Suspensa la mar bravía
Ante el genio que las guía,
Le alza al paso barcarolas
Al ronco son de sus ofas
Con salvaje melodía.

Sumisa la tempestad
No detiene al navegante,
Que con mirada anhelante
Clavada en la inmensidad
Exclama, sin miedo: ¡Avante!

Y en tal jornada asombrosa
Su talento soberano,
Una tierra esplendorosa
Arrebató al Oceano,
Tras una lucha gloriosa.

Tierra que admiró afanoso
Y que surgió, cual ondina,
Allá... del *mar tenebroso*
Con perfil vago, borroso
Y entre gasas de neblina.

En la encantada ribera
Posó su planta ligera,
Y á los claros arreboles
De aquellos ardientes soles
Tremoló nuestra bandera.

Ese pendón sin segundo
Que el sol besa y tornasola
Hasta con miedo profundo.
¡Que la bandera española
Tiene por mástil un mundo!

.....
.....
Gloria al genio esclarecido
De ese mártir de talento,
Que halló triste y abatido,
Por laureles... el olvido,
Por corona... el sufrimiento.

Hoy que tratan de ensalzarle
Hay quien se atreve su gloria,
Mezquino, á regatearle;
Pero ante su gran historia,
Basto yo para cantarle.

Y de admiración henchidos
Y palpitando pasión,
Irán mis versos medidos
Al compás de los latidos
De mi ardiente corazón.

Camilo Bargiela.

LA MUJER EN EL CENTENARIO.

Entre las obras patrióticas y cultas realizadas en España para conmemorar el descubrimiento de América, ha destacado sobre todas por su carácter eminentemente científico y progresivo, el Congreso Pedagógico Hispano-Portugués, celebrado en Madrid bajo la presidencia del eminente hombre público D. Rafael María de Labra y con el concurso de importantes autoridades pedagógicas de España, Portugal y Repúblicas americanas. En este Congreso, en el que, como era lógico, han sido puestos á discusión temas diferentes relacionados con la educación y mejoramiento social de la mujer, varias damas españolas han abogado con tanta elocuencia como erudición, energía y modestia por la causa de la dignificación de su sexo, demostrando con su inquebrantable dialéctica y con el ejemplo fehaciente de su propio valer, cuán digna es la mujer española de que se la dé plaza en la vida pública y de que se la señale puesto en los palenques de la inteligencia, donde han de irse elaborando los progresos que el porvenir depara á las sociedades futuras.

Á una dama granadina, harto conocida ya en nuestra ciudad por su ilustración y filantropía, así como por su delicada modestia, que no ofenderíamos ensalzando sus méritos, si no los hubiera hecho patentes la prensa de Madrid con ocasión del Congreso Pedagógico, ha correspondido el triunfo más ruidoso otorgado por aquella ilustrada asamblea á las mujeres que han tomado parte en sus deliberaciones.

La Sra. D.^a Bertha Wilhelmi de Dávila, que es la dama granadina á quien nos referimos, presentó al Congreso un notable y concienzudo trabajo, titulado *Memoria y datos estadísticos sobre la aptitud de la mujer para todas las profesiones*, cuya lectura fué acogida con ruidosos y entusiastas aplausos, mereciendo que por aclamación fueran aprobadas sus conclusiones y que la prensa diaria y la profesional tributaran á la obra de la Sra. Wilhelmi de Dávila reiterados elogios.

En esta Cámara de Comercio, entusiasta siempre por cuanto redunde en prestigio y honra de Granada y de los hijos de ella que ponen su inteligencia y sus iniciativas al servicio de la noble causa del mejoramiento social, halló un eco hartamente simpático el legítimo triunfo de la Sra. Wilhelmi de Dávila. El Presidente de la Cámara felicitó en

nombre de ésta á dicha señora, que, deferente á las indicaciones del mismo, accedió á que se publicase en este número parte de la Memoria aprobada, debiéndose á dicha circunstancia la de que sea nuestro BOLETÍN el primer periódico en que vean la luz algunos de los conceptos emitidos en su trabajo por la Sra. Wilhelmi de Dávila.

Lo extenso de cada una de las partes en que la Memoria se halla dividida, nos impide el dar á conocer por completo ninguna de ellas. Nos limitaremos, pues, á ofrecer una breve idea general de la obra y á insertar algunos trozos de la tercera parte, como muestra de la solidez de argumentación, al par que de la imparcialidad de juicio, rectitud de ideas y delicada sencillez que campean en este notable trabajo pedagógico.

En la primera parte del mismo, pruébase la razón del movimiento que en favor de la mujer se ha iniciado en las modernas sociedades, demostrándose con irrefutables argumentos que los dos sexos son por naturaleza iguales, teniendo por consiguiente *los mismos derechos á desarrollar en bien propio y de la especie todas sus facultades así físicas como intelectuales*.

Aptitud de la mujer para todas las profesiones lleva por título la segunda parte, y sobrado probada queda esta aptitud con los numerosos y variados datos estadísticos que la autora aduce, relativos á la brillante intervención de la mujer en el movimiento científico, artístico, literario, político y social de todos los tiempos, desde los primeros pueblos civilizados á las sociedades modernas.

Esta parte de la Memoria es verdaderamente notable por la variedad y riqueza de datos estadísticos que contiene y que dan brillante idea de la vasta erudición de la señora Wilhelmi de Dávila.

En la tercera parte, expónense los argumentos más salientes que por lo común se aducen en pro y en contra de la dignificación y mejoramiento social de la mujer, analizándoseles con verdadera imparcialidad de criterio y deduciéndose de ellos consecuencias lógicamente favorables á la causa de la misma.

He aquí ahora algunos párrafos de esta última parte:

“No alcanzamos á comprender por qué se cree propio de la mujer el puesto de hermana de la caridad y se opone tenaz resistencia á la profesión hasta aquí más frecuentemente emprendida por aquélla: la de médico. ¿Cuánta más resistencia física no necesita la primera? Respecto á facultades intelectuales han demostrado tenerlas cuantas ejercen la Medicina: esa pléyade de doctoras, directoras de hospitales y dis-

pensarios, profesores clínicos y catedráticos. La oposición no está, pues, basada en falta de aptitudes, sino en la creencia de que con el estudio de la Medicina padece el pudor y la delicadeza de la mujer. Á esto hay que replicar, que también la enfermera, la hermana de la caridad y las socias de la *Cruz Roja* están obligadas á ver y á hacer cosas que lastimarían su pudor si no estuvieran llenas, como puede estarlo el médico, de la idea de su misión; que al ser oculistas, alienistas, cirujanos, etc., y al dedicarse como lo hacen la mayoría á enfermedades de mujeres y niños, no sólo hacen un bien inmenso á la humanidad, porque por ser mujeres comprenden mucho mejor los padecimientos de unas y otros, sino que son guardadoras del pudor de sus hermanas. ¿Por qué se ha de hacer la sociedad protectora del pudor de un corto número de mujeres que por vocación, amor á la ciencia y firme voluntad son estudiantes de Medicina, venciendo ciertas repugnancias (además en los Estados-Unidos é Inglaterra ya hay universidades especiales para la mujer) y ha de olvidar ó menospreciar el de la inmensa mayoría de mujeres que en partos, enfermedades propias de su sexo, operaciones, etc., al tener que recurrir á médicos ó ser entregadas en hospitales y clínicas á estudiantes y practicantes poco púdicos, ha de violentarse y ofenderse? ¿No será de absoluta necesidad el ejercicio de la medicina por mujeres en los países donde el culto mahometano prohíbe á más de 50.000,000 de mujeres ser vistas por un hombre extraño? ¿en la India inglesa, en que viven separadas de todos los hombres, excepto de sus parientes más cercanos; donde un leve rozamiento es vergüenza y deshonor y donde por lo tanto están condenadas 40.000,000 de mujeres á morir sin asistencia facultativa? Á los que temen pierda la mujer médico la sensibilidad y ternura femeninas, les diremos que la ciencia, la verdad desnuda, no embotan las fibras del sentimiento, muy al contrario de la mayoría de esas producciones dramáticas y cómicas y de esas novelas, hoy en boga, de las cuales el sentido moral no suele salir muy bien parado.

Otros, siendo sus protectores de buena fe, aunque de manera equivocada, rechazan la participación de la mujer en las profesiones, porque juzgan que los esfuerzos de inteligencia y voluntad que llevan consigo los estudios, las competencias, el ejercicio profesional, las luchas, afanes, sinsabores y desengaños de una vida de actividad fuera del hogar, exigen un gasto de fuerzas físicas y anímicas que redundan en perjuicio suyo y de sus hijos. ¡Como si el trabajo de la obrera en el mayor número de fábricas y talleres, de la costurera á máquina, de la lavandera, planchadora, etc., en condiciones normales excesivo y por añadidura frecuentemente mal sano, no fuera horriblemente perjudicial para la madre embarazada! ¡Como si el corsé, productor de innumerables enfermedades, los altos tacones, causa de desviación de la matriz, las antihigiénicas colas, la vida sedentaria de nuestras señoras, el menosprecio del desarrollo físico, etc., no fueran enemigos poderosos de la maternidad! Parécenos que el mal para la procreación y el perfeccionamiento de la especie no está en que la madre ejerza una profesión, sino en que pierda el equilibrio de todas sus fuerzas. Así como la mujer del pueblo no nos lega hoy generaciones robustas, porque á su trabajo, tras ser excesivo, no corresponde su alimentación, y la señora, con laborioso embarazo y escasa ó ninguna lactancia produce hijos endebles

porque en diversiones y holganza descuida sus actividades físicas, así la mujer docta cumpliría mal sus deberes maternos, si á fuerza de ser docta dejara de ser mujer. Pero lo mismo que el filósofo, el matemático, el abogado, etc., ante todo debe de ser hombre, así la mujer, verdaderamente ilustrada, conocedora de las necesidades de todo su ser, sabrá apreciar bien sus funciones y deberes de madre, procurará el desarrollo armónico de todas sus facultades y contribuirá material y moralmente al perfeccionamiento de la especie.

El temor de que la mujer docta quede soltera ó no sirva para casada, está refutado con el hecho anotado en la segunda parte de esta Memoria de que muchas estudiaron ya casadas y otras muchas se casaron después de estar ejerciendo alguna profesión. Se distinguen estos matrimonios por reunir todos los elementos posibles de felicidad, puesto que están compuestos de seres independientes, instruidos y de fortaleza moral, con identidad de opiniones y gustos.

Se dice que el ejercicio de una profesión en la mujer supone el abandono de los hijos: pero de todas las obreras, lavanderas, criadas, costureras, empleadas en el comercio y en correos, artistas, maestras, escritoras que existen en la tierra ¿cuántas no están obligadas á entregarlos á manos extrañas ó á dejarlos abandonados? Y sin embargo, nadie clama contra esas ocupaciones, porque, según la costumbre, *esas son propias de la mujer*; todos aceptan que la señora entregue sus hijos á personas incultas y asalariadas mientras está *ocupada* en visitas, teatros, reuniones, bailes y tiendas, con la modista ó con una mala novela. Si la mujer del pueblo, tras largas horas de trabajo fuera de casa, cuando viene al hogar y le esperan multitud de quehaceres domésticos, halla tiempo para cuidar y tener en brazos á sus hijos, para prodigarles caricias y dedicarse algo á aquellos pedazos de sus entrañas ¿por qué la mujer instruida y de mejor posición no habría de tener horas que dedicar á los suyos? horas que si no mayores en cantidad que las que generalmente hoy las madres les dedican, seguramente lo serían en calidad. Pensemos además en el gran número de mujeres que no llegan á casarse (sólo en Alemania hay cerca de millón y medio más de mujeres que de hombres) ó que pueden dejar su profesión al contraer matrimonio como hoy hacen la mayoría de las institutrices; pensemos en las viudas que se ven obligadas á cuidar del sustento y educación de sus hijos, y veremos que es injusto apartar á todas estas de la posibilidad del ejercicio de una profesión y privarlas de medios de subsistencia por invocar deberes maternos que podrían descuidarse.

No queremos decir que la mujer se eduque desde luego para una profesión; creemos que la Escuela Superior, equivalente á nuestros Institutos de 2.^a Enseñanza, pero reformados conforme á las exigencias de la Pedagogía moderna, en método, materias, calidad y duración, debe darla un grado de cultura general, que sirviendo de base á estudios superiores la prepare á la vida, no descuidando proporcionarle los conocimientos de Higiene, Economía doméstica y Pedagogía, que á nuestro juicio le son indispensables. La que después se encuentre con grandes aptitudes y energías para seguir una carrera ¡sígala enhorabuena!

Además de todos estos, hay muchos otros argumentos en contra de la participación de la mujer en las profesiones. Se aduce que al estar en aptitud de va-

larse y ganarse la vida por sí, ha de emanciparse de la tutela del hombre; que la igualdad de derechos ha de traer perturbaciones á la familia; que la vida del hogar perderá la poesía y el encanto que le da la dulce y cuidadosa compañera; que la entrada de la mujer en el campo de trabajo del hombre traería tras sí un exceso de aspirantes á todos los puestos, haciéndose la lucha y competencia entabladas ya hoy, mucho más encarnizadas; que el hombre es el que tiene el deber de trabajar para la familia, de cuidar y proteger á la madre y á los hijos; que ella no puede ir á la guerra, y no pudiendo cumplir ese deber con la patria y la sociedad en que vive, no tiene derechos políticos ni sociales.

Que la mujer se emancipe de la tutela del hombre, parécenos además de justo, como ya expusimos, de necesidad absoluta si á la dignificación de la humanidad aspiramos.

Las perturbaciones en la familia por la igualdad de derechos, ni las tememos ni las vemos realizadas en el sin número de matrimonios contraídos por mujeres que ejercen profesiones. Antes bien, descansan estas uniones en la única base moral del matrimonio: en el amor; son enlaces de libre elección y no de conveniencia. La mujer libre, conocedora de su propio valer, ni se vende ni considera el matrimonio como medio de colocación durante la vida; no entra en el hogar como niña mimada, sino como mujer que sabe lo que á sí, á su marido, á sus hijos y á la sociedad debe: y la persona que al par que sus derechos conoce bien sus deberes, no lleva la perturbación á ninguna clase de relaciones que contraiga.

Si la vida del hogar pierde su encanto al aportar la mujer con su trabajo medios de subsistencia, al trocarse la poética figura de la dulce y sumisa esposa en animosa y esforzada compañera, creemos que ese encanto y esa poesía, más que realidades eran ilusiones de nuestra fantasía, que no tenían por cimiento la verdad de la vida. El número de casamientos se aumentaría, mientras que de día en día va disminuyendo con espantosa rapidez, porque entre dos que ganan es más fácil atender á las muchas necesidades de la vida actual; se viviría más holgadamente, y si se perdían elementos ficticios de poesía, reñida con la carencia de lo necesario, se ganarían de bien-estar.

El exceso de candidatos para los puestos existentes y la mayor competencia que había de resultar, exigirían mayores aptitudes para ocuparlos y esto traería consigo la selección en bien del progreso. Si en la lucha las mujeres resultaban más aptas, no se habrían perdido para la humanidad sus sobresalientes facultades; si los hombres, muchas de ellas se retraerían de la lucha dejándoles á ellos el campo.

La depreciación excesiva del trabajo en este como en todos los terrenos, surgiría sólo pagando, como hoy sucede, menos el de la mujer, aunque sea igual que el del hombre en cantidad y calidad. El problema del trabajo de la mujer forma parte de la grave cuestión social que por doquier vemos planteada, y para solucionarla no pueden hacerse distingos entre el trabajo manual y el intelectual; no cabe la división de oficios y profesiones exclusivas de hombres y de mujeres.

No creemos que sea el hombre el único obligado á mantener la familia, pero si opinamos que durante el período de gestación y lactancia debería la mujer abstenerse de todo trabajo que pudiera perjudicar al

hijo, y que durante esos períodos el hombre está como padre en el deber de trabajar para todos, así como la madre en el de dedicar sus actividades físicas y anímicas al desarrollo completo y armónico del nuevo ser. Pero la vida con sus necesidades, la sociedad con sus deficiencias é injusticias opone á este deber la imposibilidad de cumplirlo en la casi totalidad de los casos: ni el hombre puede prestar todo el trabajo, ni la mujer dedicarse á sus funciones de madre. Mas si no puede, ¿la perjudicará más acaso la fatiga intelectual que la física?

Queda sólo la razón aparente de que al no cumplir la mujer con los deberes militares que la patria le impone, no puede tener derechos políticos; y decimos razón aparente, porque al negar la razón de la guerra, negamos la existencia de deberes militares, tales como hoy se entienden. Consideramos la guerra como el bárbaro legado de tiempos de incultura, como vestigio del estado de animalidad primitivo del hombre; el militarismo como causa de muchos males, entre ellos el de la servidumbre de la mujer, y al rehabilitarla aspiramos á *reemplazar los odios de razas y naciones por el amor á la humanidad.*

Como dejamos dicho, el Congreso pedagógico ha aprobado por unanimidad las conclusiones de la Memoria que nos ocupa y que son las siguientes:

1.^a *La mujer tiene los mismos derechos que el hombre á desarrollar en bien propio y de la especie, todas sus facultades así físicas como intelectuales.*

2.^a *El Estado y la sociedad tienen el deber de facilitar á la mujer igualmente que al hombre los medios para desarrollar todas sus facultades.*

3.^a *La mujer que posea iguales conocimientos que el hombre tiene iguales derechos que éste á ejercer todas las profesiones y á ocupar todos los puestos.*

Tal es el notable trabajo pedagógico de la Sra. Wilhelmi de Dávila, á quien esta Cámara de Comercio se complace en reiterar su aplauso, congratulándose al mismo tiempo de que con ocasión de las fiestas del Centenario, las damas españolas hayan dado prueba tan elocuente de su ilustración y patriotismo, y más aún, de que haya sido una dama granadina la que con mayor bizarría ha tremolado la simpática bandera de la dignificación y enaltecimiento de la mujer.

COLÓN Y LOS PINZONES.

ROMANCE HISTÓRICO.

Por el desierto espumoso
De desconocidos mares
Navegan tres carabelas
Envidia dando á los aires.
Más que viento las impele

Afán de los navegantes,
 Que codiciosos de tierra,
 Alas prestan á sus naves.
 Y la noche las envuelve
 En sus sombras impalpables;
 Y las saluda la aurora
 Arrebozada en celajes;
 Las alcanza la tormenta
 Con sus raudos huracanes,
 Y la bonanza las pinta
 En sus serenos cristales:
 Mas las costas no aparecen
 Como fin de sus afanes,
 Ni la esperanza, que ensueña,
 De *tierra* finge señales.
 Desde el garcés á la quilla
 En negra tristeza caen
 Las inciertas carabelas,
 Como macilentas ánades.
 Y las flámulas, que ondean
 Sobre el mesana gigante,
 Sobrecogidas de pena
 Se desmayan y se abaten.
 En vano sobre las gavias,
 Combatido de los aires,
 Enemigos del que sube
 Y envidiosos del que vale,
 Se empina audaz el marino:
 Que en el confin de los mares
 Nunca la tierra aparece
 De sus deseos remate.
 Ya la impaciencia susurra
 Quejas que en ondas instables
 Al Almirante se allegan,
 Cual las olas á su nave.
 Y no fiando en su ciencia,
 Al fin de humano linaje,
 Tocó ronca la bocina
 Desde su nao el Almirante,
 Llamando al punto á consejo
 Á los bravos capitanes
 De la *Pinta* y de la *Niña*,
 Que derrota incierta traen.
 Y sus barcos revolviendo
 Sobre el rabioso oleaje,
 Como el ginete gobierna
 El corcel de ardiente sangre,
 Las tres pusiéronse al habla,
 Endriagos formidables
 De lengua bárbara y ruda,
 Y así rompieron los aires
 El marino genovés,
 Hablando á Pinzón y á Yáñez,
 De los otros bergantines
 Adalides incansables:
 —¿Vais medrosos?—
 —Nunca el miedo
 Con sus sombras nos atrae,
 Aunque non fallamos *tierra*,
 Ni de ello vemos señales:
 Mas si impaciencia nos hiere
 No es impaciencia cobarde.
 —Cortadle bríos un poco,
 Tantico bríos cortadle
 Y si non vos diere *tierra*,
 Mañana cuando el sol sale,
 La cabeza en los mis hombros
 Será un peso inaguantable:

Muera yo y tornad á España.—
 —Nunca Dios tal cosa mande:
 Ayer salimos de Palos
 Y ya así vos enojades?
 El despecho es mal amigo:
 Avante, Señor: avante
 No una noche, un año entero
 Por aquestas soledades.
 Non plegue al cielo que armada
 De Rey tan justo y tan grande,
 Vuelva á la patria llevando
 A espaldas tamaño ultraje.—
 —Bendita patria española,
 De razas heróicas madre,
 Que me das tu propio esfuerzo,
 Pues me das tu propia sangre,
 Bienaventurados sean
 Los hijos que tú criaste;—
 Dijo respirando alegre
 El genovés mareante.
 Y nuevos bríos sintiendo
 Y dando al aire el velamen,
 Que se hinchó, como de gozo
 Los pechos, de frescos aires,
 Marcharon, como saetas
 Del arco silvando salen,
 Las tres naos, arrancando
 Espumas al oleaje.
 En vano las bravas olas,
 Nunca holladas por las naves,
 Se ofenden y arremolinan
 Echando fieros y alardes;
 Ó vencidas y humilladas
 Vienen con sordos cantares,
 Contando miedos y penas
 Y tenebrosos combates.
 En vano monstruos y peces
 Con sus espadas tajantes
 Y sus fuentes saltadoras
 Y sus colas formidables
 Á las naves arremeten,
 Sintiendo altivo coraje
 De mirarse sorprendidos
 En sus páramos instables;
 Porque ni monstruos, ni olas,
 Atrevidas ó cobardes,
 Y por cobardes astutas,
 Flaquezas, ni miedos traen.
 Y van marchando las naos,
 Como si en aquel instante
 La madre patria las viera
 De audacia dando señales.
 Y cuando tras ruda brega,
 Días y noches de afanes,
 Al fin la *tierra* divisan
 Y en tierra de hinojos caen
 Y la besan y la riegan
 Con llanto alegre y afable,
 Y por Leon y Castilla
 Vienen á enseñorearse
 De aquel ignorado mundo,
 Que de entre las ondas sale,
 Pidiendo en sombras de errores
 La luz de la Fe adorable,
 Y sus realidades son
 Más que sus ensueños, grandes,
 Colón á su lado tiene,
 Cuando alza el real estandarte

Los Pinzones, que son alas
De su espíritu gigante.
Con ellos alza los ojos
Y las manos incansables
Á los cielos, dando muestras
De agradecer sus bondades.
Y en el lejano horizonte
Entre la bruma y celaje
Y las olas que se rizan,
Heridas del sol que nace,
Les parece que se asoma,
Sostenida por los ángeles,
Cual vino á orilla del Ebro,
La Santa Virgen y Madre
Y las puertas de aquel mundo
Con franca mano les abre.

Francisco Jiménez Campaña,

DE LAS ESCUELAS PIAS.

ESPAÑA Y ÁFRICA

EN EL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

No estamos ya, afortunadamente, en los tiempos en que al hablarse de nuestro poderío en África, se creía imprescindible y fatal la *destrucción de la secta mahometana*, como base de nuestro porvenir en aquellos países.

Las modernas costumbres; el convencimiento de que más se consigue hoy pacíficamente que con las armas en la mano; la anulación total de aquel enemigo invasor de España que después de expulsado del territorio por los sublimes esfuerzos de Fernando é Isabel, conservó por centenares de años su antigua costumbre de piratear en las costas del Mediterráneo, el aborrecible desprecio que, por tradición, llegó hasta nuestra época para con los descendientes de aquellas razas caballerescas é ilustradas de quienes España conserva monumentos y un estilo propio dentro de las artes, producto de la unión de españoles y árabes; usos y costumbres, que acusan el cruce de razas y la existencia de vida uniforme de la familia mudéjar; palabras, frases, giros, algo de estilo oriental en el idioma, y algo también, y que no puede negarse, en el carácter, en el modo de ser de los andaluces, por lo menos, (y cuenta que esta región, formó sus agrupaciones de gentes, con familia de todos los reinos de España y con las que ya vencidas se ampararon en las franquicias que de vez en cuando concedían nuestros reyes),—ese aborrecible y tradicional desprecio de que hablábamos, huelga, y no encarna en ninguna de las prácticas sociales de estos tiempos.

Por fuerza de las armas, han conquistado su independencia las regiones americanas descubiertas por Colón, y sujetas, centenares

de años al poderío de la nación española, y á pesar de ello; aunque, desde las equivocaciones, como gobernante, del insigne genovés, aquellos países sufrieron mucho por causa de los españoles, jamás han negado que deben sus libertades, su cultura, cuanto representan en el concierto europeo á España, é hijos de España llámanse aquellos pueblos formados con las familias indígenas y los invasores y aventureros de las regiones españolas; y recuérdese bien la historia y sus terribles pormenores de esclavitud, de tormentos inquisitoriales y ventas de carne humana, y que á aquellos países iban nuestros ascendientes á enriquecerse, á hacer fortuna.

La cultura de los pueblos americanos ha velado esos y otros detalles tristísimos de la historia, para hacer resaltar tan sólo las grandiosas figuras de Colón y de los españoles, que en frágiles barcos, sin rumbo fijo ni pensamiento concreto surcaron el mar tenebroso y llevaron á aquellos países desconocidos las auras de la libertad, la brillantísima luz de la ilustración.

No puede establecerse paralelo entre lo que España hizo por los pueblos de América, y la misión invasora de los árabes en España, y por lo tanto no podemos considerar á éstos como causa absoluta de todo progreso y libertad, de toda cultura y desarrollo; pero tráiganse á la memoria los relatos históricos de varones insignes en santidad, que refieren con sencillez candorosa, reveladora de verdades, aquellas épocas de dominación visigótica, aquellas corrupciones de la administración, de la justicia, hasta del sacerdocio de la religión cristiana, y esa misión de los árabes invasores tomará el carácter de providencial, de necesaria y precisa, para que de ella surjan eras más venturosas y dignas de una nación culta é ilustrada.

Del vigoroso y brutal empuje de las hordas salvajes del Norte, ¿qué resta en España? Tristes recuerdos, que velan y oscurecen lo bueno que dejaron para la posteridad aquellos monarcas disolutos, aquellas cortes corrompidas. De la invasión árabe no puede negarse, hoy como ayer su influjo, y es más noble confesarlo hoy, cuando los descendientes de aquellas razas de caballerescos galanes, de fuertes guerreros, de inspirados poetas, de notables artistas, de hombres de ciencia y de laboriosísimos industriales, arrastran penosa vida, carcomidos por las guerras intestinas y las preocupaciones religiosas y apartados del progreso y de la ilustración de nuestra época.

España tiene una misión que cumplir en las regiones africanas, pero esa misión es de paz, de convencimiento, de cultura.

Cuando los ejércitos de Isabel y Fernando penetraron en Granada, un humilde fraile á quien en contra de su voluntad habíasele colgado al cuello la cruz y el palio de los Príncipes de la Iglesia, consiguió por su templanza y su dulzura, por las bondades inmensas que atesoraba su alma, que aquellas gentes que se habían sometido por la fuerza le respetaran por amor, le besaran sus vestiduras por creerle santo. Si equivocadas miras políticas no hubieran inutilizado cuanto Hernando de Talavera hizo, aquellos moriscos trabajadores é ilustrados no se hubieran convertido en los feroces insurrectos de las Alpujarras, cuya exterminación, con gran prudencia, aconsejó D. Juan de Austria.

Hoy, como ayer, un fraile, por la persuasión y las bondades, hace respetar el nombre de España entre los descendientes de aquellos á quienes se quiso hacer cristianos por fuerza. El P. Lerchundi, en África, como el inolvidable y santo arzobispo en Granada, es objeto de veneración, y nadie, aun los más salvajes de las cabilas de las costas marroquíes, se atreve á ofender al que practica siempre la caridad y el amor al prójimo, y derrama abundantes los consuelos de la piedad y de la misericordia.

La prueba es elocuentísima y la lección no debe de desaprovecharse.

Por eso, cuantos piensen detenidamente en las razones que ligeramente dejamos esbozadas, concederán toda la importancia que encierran las dos fiestas con que la Unión Hispano-Mauritánica celebra el IV Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, y cuyo resultado pudiera ser de trascendencia suma si hubiéramos ya estudiado con todo el interés que merece, la misión pacífica y tranquila de civilización y progreso que en África está encomendada á España.

De la Exposición Morisca, además de las comparaciones que pueden establecerse arqueológicamente, resultará un paso de aproximación entre el comercio español y el de Marruecos, trascendental asunto que la ilustrada Cámara de Comercio ha de analizar; del Congreso de Africanistas, aunque sea escaso el número de los congregados, es abundante y de gran importancia el de los que se adhieren y el de los que remiten trabajos para alimentar los estudios y deducir conclusiones de interés para el porvenir.

Compárese el hermoso espectáculo de las

repúblicas americanas reconociendo en época de paz nuestra soberanía intelectual en aquellos países, con las terribles guerras que precedieron á su independencia, y se convendrá con nosotros, en que si halaga mucho al espíritu guerrero ingénito en la sangre española el recuerdo de las victorias conseguidas en este siglo en tierras africanas, inunda el alma consolador bienestar, al ver una bandera española respetada, por amor, sobre humilde ermita católica ó en modesta escuela donde se enseña el castellano, en los ardientes arenales del Moghreb.

Francisco de P. Valladar.

Á COLÓN.

SONETO.

Al rayo de tu clara inteligencia
De la ignorancia se rasgó el arcano;
Y á la llama de sol tan soberano,
De la ignorancia germinó la ciencia.
Los *Patriarcas del saber* demencia
Prejuzgaron tu intento sobrehumano,
Y mártir del desprecio más tirano,
Hasta el pan mendigaste en la indigencia.
La piedad de Isabel miró sin saña
En tu *delirio* un hecho sin segundo,
Digno de unirlo para siempre á España;
Y amparándote al fin su amor fecundo,
Tú la premiaste con largueza extraña,
Á sus plantas rindiéndole otro mundo.

José Arturo Roggio.

! TIERRA !

Genio inmortal de Colón
Cuya soberana gloria
Inunda de luz la historia
De la Ibérica Nación;
Préstame tu inspiración,
Porque, ansioso de ensalzarte,
Aquí vengo á tomar parte,
Ébrio de entusiasmo santo,
En el homérico canto
Con que hoy te consagra el arte.

Remontando hacia otra edad
Su raudó vuelo la mente,
Te miro, triste, indigente,
Ir de ciudad en ciudad,
Heraldo de una verdad
Por doquiera discutida,
Anhelando prestar vida
Á aquel sueño soberano
Que surgió en el Océano
De tu mente enardecida.

Mas ¡ay! que la duda cruel
Contra tus empeños lidia,
Mientras que vierte la envidia
En tu corazón su hiel;
Y hasta la egregia Isabel
Teme y vacila un momento;

Que es tan grandioso el intento
Y exige pruebas tan rudas,
Que aun á la fé lleva dudas
Tu atrevido pensamiento.

Pero no importa.... ¡valor!
Que como el rayo, la idea
Con más brillo centellea
Cuanto es la sombra mayor;
Y de tu genio creador
El rayo de luz fecundo,
En el abismo profundo
Del fiero mar, *tenebroso*,
Surgir hará esplendoroso
Y lleno de vida, un mundo.

Yá Isabel con noble anhelo
Ofrece sus regias galas
Por dar á tu genio alas
Con que remonte su vuelo;
Yá del granadino suelo
La Patria se enseñoa,
Y mientras al viento ondea
Su bandera triunfadora,
De tu esperanza la aurora
En el Oriente alborea.

¡Vedle! De Palos el puerto
Cubre ruda muchedumbre
Que con honda pesadumbre
Llora el porvenir incierto;
Y entre el lúgubre concierto
De la gente temerosa,
Mientras con mirada ansiosa
Quiere el piélago sondar,
Siente otro mundo rodar
Bajo su frente ardorosa.

Yá el viento hinchando las velas
Y atirantando el cordaje
Impulsa en el oleaje,
De Colón las carabelas;
Y en las lucientes estelas
Que van las naves dejando,
Parece que el ritmo blando
De una canción soberana,
De la flota castellana
Está el triunfo presagiando.

Sí; porque en breve las quillas
De las naves españolas,
Domando las turbias olas
Tocarán otras orillas,
Y la Patria, de rodillas
Sobre el suelo virginal
De la región tropical,
Con ditirambos de gloria
Proclamará la victoria
Del más sublime ideal.

Tiende la noche su velo
Sobre la mar que dormita,
Mientras de Colón agita
El alma febril anhelo;
Que allá, do el lóbrego cielo
No acierta el ojo á sondar,
Una luz se ve brillar,
Que como errática estrella,
Ya se oculta, ya destella
Entre las brumas del mar.

Por eso con faz sombría
Y con la mirada alerta
Permanece en la cubierta
De la nao *Santa Maria*:
Que espera del nuevo día
La indecisa claridad,
Que calmando su ansiedad,
Con fulgores de bonanza
Torne su última esperanza
En hermosa realidad.

Yá la noche, presurosa,
Recoge sus negros tules
Y de las ondas azules
Surge el alba esplendorosa;
Yá su claridad dudosa
Tiñe la inmensa extensión,
Y el estruendo del cañon
Que al pasado pone guerra,
Lanzando el grito de ¡tierra!
Hace inmortal á Colón.

Y el cielo, espléndido brilla
Con ingentes aureolas,
Y en las crestas de las olas
Rueda el nombre de Castilla;
Colón su grandeza humilla
Y aclama al Dios soberano,
Y á su *hossanna* sobrehumano,
Sobre el éter impalpable
El Espíritu Inefable
Desciende hasta el Oceano.

Alienta Patria, que yá
De gloria y de fuerza emporio,
En tu inmenso territorio
Jamás el sol se pondrá;
Tu bandera flotará
Doquiera que aliente el hombre,
Y para mayor renombre,
En la tierra americana
Á otras naciones mañana
Vida prestarás y nombre.

¡Míralas!... La libertad
Les da nimbo de poesía,
La Ciencia sus pasos guía
Con la luz de la verdad:
En santa fraternidad,
Libres de antiguo recelo,
Hoy te rinden en su anhelo
El más noble vasallaje,
Y del genio en homenaje
Se prosternan en tu suelo.

¡Salud, naciones hermanas
Que alentáis con nuestras vidas!
¡Salud, tierras bendecidas,
De exuberancias lozanas!...
Patria del Cid que te ufanas
De tu luchar esforzado;
La era de paz ha llegado...
¡De rodillas!... Dignamente,
Saludemos al presente
Ante el altar del pasado.

Cayetano del Castillo Tejada.